

ronitas ó Sirios indígenas, otros de Griegos Melquitas. Ambas órdenes tenian en Roma una comunidad á donde enviaban sus mas sobresalientes sugetos para perfeccionarlos en la ciencia y en la piedad, y regresar á su patria como misioneros apostólicos. A mas de algunos monasterios, independientes unos de otros, los monjes Maronitas formaban dos congregaciones: la una, mas antigua, de San Eliseo, del Monte Líbano; la otra de San Isaías: ambas con la regla de san Antonio, patriarca de la vida monástica de Egipto. Estos monjes estaban unidos de alma y corazon á la Iglesia romana. Miguel de Eden, abad general de la congregacion del Monte Líbano, suplicó al papa confirmase sus reglas y constituciones: lo que hizo Clemente XII por su bula del 31 de marzo de 1732. La congregacion de San Isaías seguia en el fondo la misma regla. Pero habiendo ordenado un concilio nacional á todos los monjes Maronitas que hiciesen aprobar sus estatutos por la Santa Sede, la congregacion de San Isaías pidió la confirmacion expresa á Clemente XII, que se la otorgó para dichos estatutos en 17 de enero de 1740. En el año anterior, ya habia aprobado el papa la regla de los monjes *Melchitas* de la congregacion de San Juan Bautista, en el Monte Líbano, especialmente para su monasterio de Roma. Por la misma época el sabio orientalista José Alsemani recorrió todos los monasterios de la Siria por mandado del papa, y despues de un largo viaje de tres años, recogió y trajo á Roma muchedumbre de manuscritos y de medallas con que enriqueció aun mas la biblioteca del Vaticano.

23. Clemente XII murió el 6 de febrero de 1740, despues de nueve años de pontificado. La muerte del príncipe Eugenio de Saboya, ocurrida en Viena el 27 de abril de 1736, habia reanimado á los Turcos. Los Austríacos fueron batidos por ellos y perdieron á Belgrado y Temeswar. Fué la principal causa de estas desgracias el príncipe húngaro Racoczy, que mantenía tratos secretos con los Musulmanes, y que por sus estragos en Hungría obligó al Austria á hacer una paz muy desventajosa. Clemente XII lo excomulgó.

§ III. PONTIFICADO DE BENEDICTO XIV (17 de agosto de 1740-3 de mayo de 1758).

24. Entre los cardenales creados por Clemente XII, el mas ilustre era sin disputa el teólogo Próspero Lambertini, boloñés, cuya erudicion sobrepujaba hasta á la de los mas sabios benedictinos de esta época, tan famosa en nombradías ilustres. Muy esmerada habia sido su educacion, y sus rápidos progresos le hicieron sobresalir muy pronto entre todos los jóvenes de su edad. Apenas bastaban á su ardor por el estudio los estudios mas profundos, sin quitarle estos nada de vivacidad á su espíritu. Fué santo Tomás su autor predilecto. Con igual felicidad se aplicaba al derecho civil que al canónico, y muy pronto llegó á ser abogado consistorial. Nombrado mas tarde promotor de la fe, pudo tomar parte en los procedimientos acostumbrados para la beatificacion y canonizacion de los santos, y á esta circunstancia debemos su primorosa obra acerca de esta materia. Apasionado por las ciencias, descubrimientos históricos y monumentos del arte, Lambertini trabó amistad con los hombres mas célebres de su tiempo. Apreciaba en extremo al P. Montfaucon, á quien conoció en Roma. Sucesivamente canónigo de San Pedro, consultor del Santo Oficio, agregado á la congregacion de Ritos, canonista de la Penitenciaría, arzobispo de Bolonia y en fin cardenal, Lambertini se habia mostrado siempre superior á los eminentes puestos á que fué llamado. Tal era el hombre á quien esperaban los mas altos destinos. El 17 de agosto de 1740 fué elegido unánimemente soberano pontífice. Se le preguntó segun costumbre si aceptaba la dignidad: « La acepto por tres razones, respondió; no » quiero resistir á la manifiesta voluntad de Dios, y yo conozco » ser así, porque jamás he deseado el pontificado; tampoco » quiero, rehusándolo, desdeñar vuestros beneficios; y en fin, » creo que es tiempo de concluir un conclave sobrado largo » ya. »

25. Cada año del pontificado de Benedicto XIV fué señalado por alguna bula de marca mayor, sea para mantener en su

pureza el depósito de las sanas doctrinas contra los combates del error, sea para reformar abusos, sea, en fin, para introducir usos útiles. Solo perturbó el reinado de este papa un acontecimiento político, cuyas consecuencias tuvieron largo eco en Europa: y fué la guerra de sucesion de Austria. La muerte del emperador Carlos VI, acontecida en 20 de octubre de 1740, fué señal de aquella. Último vástago de la casa de Austria, este príncipe lo habia sacrificado todo para asegurar en su familia la herencia de la corona imperial por medio de una constitucion llamada *Pragmática sancion*. Fué esta el fin y objeto de todas sus transacciones políticas durante veinte años, y cuando bajó al sepulcro creyó haber preparado el camino de la sucesion á su hija primogénita, María Teresa, esposa del nuevo gran duque de Toscana: casi todas las potencias habian prometido garantir la Pragmática; mas el príncipe Eugenio habia dicho muy cuerdamente « que un ejército de cien mil » hombres la sostendria mejor que cien tratados. » Los acontecimientos dieron razon al héroe. Apenas se abrió la sucesion de Carlos VI, se vieron ponerse á pretenderla, á mas de Francisco de Lorena, esposo de María Teresa, los electores: Carlos Alberto, de Baviera, como salido de una hija del emperador Fernando I, y Augusto III, de Sajonia, como marido de la hija primogénita del emperador José I. Por otro lado, Felipe V, rey de España, y Carlos Manuel I, rey de Cerdeña, pretendian diferentes partes de la sucesion. El rey de Francia, nacido de la rama primogénita del Austria, por la madre y por la esposa de Luis XIV, podia alegar mas justos títulos que sus competidores; mas prefirió el papel de árbitro al de pretendiente, cuya determinacion probaba tanto desinterés como cordura y moderacion. La causa de tantas testas coronadas fué agitada en todo el mundo cristiano con alegatos y memorias públicas: se temia una guerra universal; y la borrasca comenzó por un lado hácia el cual nadie habia mirado.

26. Séanos permitido con este motivo hacer observar que en la edad media se hubiera resuelto semejante cuestion por vias pacíficas: se hubiera recurrido al arbitrazgo del soberano

pontífice, y eso con tanta mayor justicia cuanto que el imperio de Alemania habia sido creado por los papas. Pero los personajes estaban muy cambiados en la escena política del siglo xviii; el pontificado parecia como confinado, aislado por las grandes potencias en el exclusivo dominio de las cosas espirituales; y muy pronto hasta se le habia de disputar el derecho de vivir. — La Prusia ducal, recientemente erigida en reino hereditario, como hemos visto, habia sido gobernada treinta años, desde 1713 á 1740, por Federico Guillermo I, elector de Brandeburgo, príncipe protestante, soldado montaraz y duro. Este fundador de la Prusia concibió al Estado como á un regimiento. Temiendo que su hijo no continuase gobernando bajo el mismo plan, tuvo la idea real y efectiva de hacerle cortar la cabeza. Este hijo, que era Federico II, placia poco á un padre que no amaba ni apreciaba sino la fuerza física. El jóven Federico era pequeño, ancho de espaldas, vista torva pero aguda, y una fisonomía extraña. Era un espíritu bello, un poeta, un músico, sobre todo un filósofo imbuido en todas las ideas nuevas, en política, en religion, á quien iba á honrar la escuela volteriana: tenia gustos depravadísimos, é instintos inmorales. Tenia la manía de escribir versos franceses, detestables, que tenia Voltaire la bajeza de alabar como obra maestra; no sabia latin y menospreciaba el aleman, que era su idioma nativo. Tenia sin embargo algo por lo que mereció ser llamado *el Grande*; y es que *queria*, que tenia *voluntad*. Quiso ser bravo; quiso hacer de la Prusia una de las primeras potencias de Europa; quiso ser legislador; quiso que se poblases los desiertos de su país: y en todo esto salió bien, é hizo por la Prusia lo que Pedro el Grande acababa de hacer por la Rusia. Cuando se litigó la herencia de Carlos VI, previó la confusion general que iba á resultar, y no perdió momento para aprovecharse de ella. Podia reclamar de María Teresa, como soberana de Hungría, cuatro ducados en la Silesia. Sus abuelos habian renunciado á pretenderlos porque eran débiles: él se vió poderoso y los reclamó. Pidió pues á María Teresa la Baja Silesia, prometiéndole en torno ayudarla para reivindicar su trono imperial con su cré-

dito, armas y dinero. Pero la sangre de tantos emperadores que circulaba en las venas de esta heroica princesa, ni aun le permitió pensar en desmembrar el patrimonio de sus abuelos: prefirió pues la guerra. Federico invadió la provincia que reclamaba, en diciembre de 1740; y la victoria de Molwitz, en 1741, anuncio de mayores ventajas, coronó su primera campaña.

27. El rey de Prusia habia previsto que su triunfo le granjearia aliados, y que la Francia no dejaria ocasion tan favorable de concurrir al abatimiento de la casa de Austria, su antigua rival. Sin embargo, el cardenal Fleury deseaba mantenerse fiel á los tratados; y en los consejos de Luis XV abogó por la causa de María Teresa, en nombre del honor, de la justicia y aun de la prudencia. Honrará para siempre jamás al carácter de este gran ministro esta resistencia á la corriente de la opinion. Pero el rey de Francia estaba rodeado, hacia algun tiempo, de jóvenes magnates que no soñaban sino batallas; y prevaleció su parecer, porque Luis XV no quiso escuchar las observaciones de su antiguo maestro. Fué pues firmada una alianza ofensiva y defensiva entre la Francia y la Prusia contra el Austria, y el ministro ya octogenario quedó encargado de dirigir una empresa que desaprobaba.

28. Fué reconocido por el gobierno de Versalles legítimo heredero del trono imperial Carlos Alberto, elector de Baviera: Luis XV le dió un ejército mandado por Mauricio de Sajonia y Chevert, y el ejército le dió la corona. Carlos Alberto invadió la Bohemia, se apoderó de Praga y se hizo consagrar en Francfort el 24 de enero de 1742, bajo el nombre de Carlos VII. Mucho era tener un cetro, pero era mas el guardarlo. Las circunstancias eran felices para él: y, al contrario, parecia desesperada la situacion de María Teresa. El peligro le suministró recursos. Fugitiva entre los Húngaros, reunió los cuatro órdenes del Estado en Presburgo, y apareció en medio de la asamblea, llevando en sus brazos á su hijo primogénito, despues José II, y hablándoles en latin, cuyo idioma poseia, les dijo: « Abandonada de mis amigos, perseguida por mis enemigos,

» atacada por mis mas próximos parientes, no hallo otro recurso  
» sino en vuestra fidelidad, en vuestro valor y en mi constancia: pongo en vuestras manos la hija y el hijo de vuestros  
» reyes, que de vosotros esperan su salvacion. » Enternecidos todos los palatinos desenvainaron sus espadas exclamando: *Moriamur pro rege nostro Maria Theresia!* ¡Muramos por nuestro rey María Teresa! Ninguna princesa mereció mejor tal entusiasmo. Derramaban aquellos lágrimas al hacer juramento de defenderla; solo ella contuvo las suyas: para que la desgracia halle simpatías le es necesaria la entereza. La Inglaterra y Holanda, presintiendo que iba á mudar la faz de los negocios, enviaron socorros en dinero á la que acababa de proclamar *rey de Hungría* el entusiasmo popular. El rey de Cerdeña, ganado con importantes concesiones, se separaba de la liga y abrazaba la causa á favor de quien acababa de tomar las armas. Los enemigos de María Teresa le sirvieron aun mejor con sus faltas. Introdújose entre ellos la zizaña de la discordia y rompió su concierto, y con este las ventajas de sus medidas. El príncipe Carlos, hermano del gran duque, hostigaba á los aliados con sus panduros, tolpacos, Croatos y húsares, terrible enjambre para soldados dispersos y fáciles de sorprender. En una palabra, el ejército bávaro-francés fué casi totalmente destruido sin batalla considerable. Entretanto, el rey de Prusia, vencedor en Czaslaw, y curándose mas de sus intereses personales que de las ventajas colectivas de la liga, acababa de concluir por su propia cuenta con María Teresa el tratado de Breslaw, que le garantizaba la Silesia. El elector de Sajonia, comprendido en este tratado, se separó de la alianza, por manera que los Franceses, no pudiendo contar con ninguna diversion militar, se vieron obligados á evacuar á Praga. El mariscal de Belle-Isle se retiró en buen orden con sus 13,000 soldados, solo resto de un ejército formidable, y pasó hasta el Rhin para defenderse en esta línea. El emperador Carlos VII, echado de la Baviera en 1742, fué tan desgraciado como antes triunfante. El cardenal de Fleury no sobrevivió á estos reveses que, si pudo temer, mas no prever su intensidad, y que su hábil

administracion trató de reparar : murió el 20 de enero de 1743. A su muerte, Luis XV tomó las riendas del gobierno. Su mansedumbre y afabilidad le granjearon de tal modo el corazón de todos sus vasallos que era llamado el *Amado*, cuyo nombre hubiera ratificado la posteridad si el fin de su gobierno hubiera correspondido á sus principios.

29. Luis XV hubiera debido pensar en vindicar el honor de sus armas. Los Ingleses acababan de hacer alianza con María Teresa; y su ejército, mandado por el rey Jorge II en persona, habia sido cercado junto á Dettingen por las sabias maniobras del mariscal de Noailles. La situacion era la de Poitiers ó de Crecy, y el resultado fué el mismo. La precipitacion de los Franceses lo perdió todo, y la jornada de Dettingen ha sido una de las mas funestas de nuestra historia. En situacion tan crítica no vaciló Luis XV, y creyó que el puesto del rey estaba donde el peligro. Fué en 1744 á Flandes con sus mejores generales, Noailles y el conde Mauricio de Sajonia : tomó á Courtray, Menin, Ypres, Furnes, La Knoque. Sábese que de improviso ha pasado Carlos de Lorena el Rhin por Espira con sesenta mil hombres, que hace progresos en la Alsacia y que llegan ya sus avanzadas hasta la Lorena. Luis deja entonces el teatro de sus conquistas, y dejando en Flandres al mariscal Mauricio, vuela al socorro de las provincias amenazadas. Llegado á Metz, fué atacado por una fiebre maligna que en pocos dias le puso á las puertas de la muerte. Esta noticia, esparcida rápidamente, cubre de luto y llanto todas las ciudades del reino, y las iglesias todas estaban llenas de gente rogando á Dios por la salud del monarca. Luis XV, creyendo morir, dijo al conde de Argenton, ministro de la guerra : « Escribid de mi » parte al mariscal de Noailles que mientras se llevaba el ca- » dáver de Luis XIII al sepulcro, el príncipe de Condé ganaba » una batalla. » Al dia siguiente todo peligro habia cesado : y el correo que llevó tan fausta noticia á París fué abrazado y casi sofocado por el pueblo ; besada su caballo, se le llevaba en triunfo, y todas las calles resonaban con el grito consolador de : « ¡ El rey es curado ! ¡ Viva Luis XV el Amado ! »

Luis se mostró por su valor digno de tanto amor y aprecio. Las victorias de Fontenoy, Lawfeld y Rocoux; la toma de Tournay, Gante, Oudenarde, Ostende, Bruselas, Mons, Namur, Berg-op-Zoom y Maestricht, obligaron á los enemigos de la Francia á pedir la paz en 1748. Por lo demás, las hostilidades nó tenían ya fundado motivo. En 1745 el emperador Carlos VII, cuyo destino era cada vez mas incierto, murió en Munich, su capital, mas bien de tristeza que de enfermedad. María Teresa logró en fin reunir todos los votos de la Dieta á favor de su esposo, y la corona imperial pasó así á la casa de Lorena en la persona de Francisco I. La paz de Aquisgran confirmó su advenimiento. Luis XV, victorioso, la hizo, « no » como mercader, sino como rey, » decia. Federico el Grande fué mantenido en sus posesiones silesianas : cada cual restituyó sus conquistas. Nunca produjo menos cambios ni trastornos una guerra tan formidable : fué otra paz de Riswick ; y se celebró el 17 de octubre de 1748.

30. Durante tan largas hostilidades, Benedicto XIV habia observado la mas rígida neutralidad. La Italia habia sido tambien teatro de batallas sangrientas. La Francia habia enviado allí un grande ejército á las órdenes del mariscal de Maillebois, para restablecer en el ducado de Milan y Parma á Don Felipe, yerno de Luis XV é hijo de Felipe V y de la reina Isabel de Farnesio. Cual Moisés en el monte Horeb, el papa se contentó con orar por el triunfo del partido mas justo. Las tropas austríacas, españolas y napolitanas se establecian indistintamente en los Estados eclesiásticos. Los oficiales que pasaban á Roma respetaban al trono de la religion, al asilo de la paz. Se batian á las puertas de Roma los ejércitos de Carlos de Lorena y de Lobkowitz, sin que en nada se perturbase la calma de los habitantes de la capital. Cuando la paz de Aquisgran, Benedicto XIV obtuvo justas indemnizaciones por la estancia de las tropas en sus dominios, y las potencias de Europa, cumpliendo escrupulosamente sus deberes, se apresuraron á consolidar mas su alianza respectiva por el sagrado lazo de la concordia universal.

31. Dos años antes se decidió definitivamente una causa por la que tanto había abogado la Santa Sede. Los miembros proscritos de la familia de los Estuardos habían hallado en Roma una hospitalidad noble y generosa. Los papas sabían que la sola causa de las desgracias de estos príncipes era su celo por la fe católica, y la capital del mundo cristiano fué para los ilustres fugitivos como una segunda patria, donde hallaron, si no el poder, al menos los miramientos debidos á su clase y nacimiento. En 1745, el heróico Carlos Eduardo, nieto del desventurado Jacobo II, mirando la guerra que acababa de estallar entre Francia é Inglaterra como circunstancia favorable, se resolvió á probar fortuna con la guerra. Desembarcó en la Escocia en una barca de pescar, llevando por enseña el Catolicismo que volvía á visitar la isla de Santos en la persona de un heredero de tantos reyes. Se echaron á sus piés algunos habitantes de Moidard, á quienes se dió á conocer. « Pero ¿qué podemos » hacer? le dijeron, no tenemos armas, somos pobres, nos alimentamos con pan de avena y cultivamos una tierra ingrata. » — Yo cultivaré con vosotros esta tierra, respondió Eduardo; » comeré vuestro pan, participaré de vuestra pobreza, y yo os » traigo armas. » Los Escoceses electrizados juraron restablecer al hijo de sus reyes en el trono de sus padres. Muy en breve se juntó con el jóven príncipe un corto ejército de fieles montañeses y auxiliares franceses. El gobierno inglés pregonó la cabeza de Carlos Eduardo, prometiendo treinta mil libras esterlinas al que lo entregare. El jóven guerrero, fiel á las doctrinas católicas, se mostró mas generoso, y prohibió en su manifiesto que nadie atentase á la vida de Jorge II ni de los príncipes de su familia. La victoria de Preston-Pans contra el general Cope recompensó tan noble lenguaje. Carlos Eduardo se avanzó hácia lo interior de Inglaterra hasta Derby, á cuarenta leguas de Londres. Todo anunciaba el triunfo del pretendiente, cuando los jefes escoceses de su ejército, dudosos de su fortuna, decidieron la retirada. Carlos Eduardo regresó bramando de cólera por tal cobardía. Los Ingleses, mandados por el duque de Cumberland, el mejor guerrero de la Gran

Bretaña, tomaron la ofensiva y persiguieron á los Escoceses hasta su país. Aun coronó de nuevo la victoria de Falkirk á la causa de la justicia; pero el duque de Cumberland ganó en 27 de abril de 1746 la batalla de Culloden y acabó de domar el partido jacobita con numerosos ajusticiamientos que le valieron el nombre de *Verdugo*. Carlos Eduardo, librándose milagrosamente de todo peligro, se fugó á Florencia, donde murió. Su hermano, el duque de York, creado cardenal en 1747, murió decano del sacro colegio en 1807, extinguiéndose en él la alcurnia gloriosa y desventurada de los Estuardos.

32. Las preocupaciones de la guerra de sucesion del Austria habían calmado por algun tiempo los furios del jansenismo; mas se despertaron con mayor animosidad despues del tratado de Aquisgran. El partido había acriminado siempre el uso de no administrar los últimos sacramentos á los sectarios sin un billete de confesion testificando que el enfermo había recibido la absolucion de un sacerdote aprobado. El 29 de diciembre de 1750, delató un consejero al parlamento de París un acto de este género. Mandóse inmediatamente presentarse al cura que había negado el santo Viático. Preguntado sobre los motivos de su conducta, respondió que solo podía y debía dar cuenta de ella á su arzobispo, á quien se sometía. Esta respuesta enfureció á los magistrados, que mandaron encarcelar al cura párroco, y al propio tiempo enviaron procuradores y abogados del parlamento al arzobispo, al valeroso Cristóbal de Beaumont. Este prelado respondió que había hallado en práctica el uso de estos billetes, y que no le era posible ir contra la práctica. La opinion pública se había irritado contra el acto arbitrario del parlamento: el cura fué puesto en libertad; pero los magistrados se vengaron publicando un auto « que » prohibía á todos los eclesiásticos hacer acto alguno cismático, » especialmente la denegacion pública de sacramentos, so » pretexto de falta de cédula de confesion, ó de declaracion del » nombre del confesor, ó de aceptacion de la bula *Unigenitus*. » Este auto escandaloso ha servido en lo sucesivo de fundamento á todas las intrusiones de los tribunales contra el